

LA VIDA CONSAGRADA COMO CAMINO DE INCULTURACION

Peter-Hans Kolvenbach, S.J.

Es tarea francamente imposible presentar en diez minutos la vida consagrada como camino de inculturación. Hoy es obvio que el mensaje cristiano debe abrirse a todas las culturas, sin atarse a ninguna en particular y haciéndose accesible a todo ser humano por el camino de la inculturación (RM 52). Pero ello implica un desafío de tal complejidad teórica y sobre todo práctica que esta presentación tendrá que limitarse a plantear algunas cuestiones e intentar ofrecer unas respuestas provisionales.

1. ¿La vida consagrada, es realmente un camino de inculturación?

Puede serlo, pero no lo es automáticamente. La vida consagrada ha promovido la acción misionera a lo largo de los siglos con una generosidad ejemplar; pero sería históricamente falso afirmar que le movía el deseo de abrir el Evangelio al diálogo con los valores, positivos y negativos, que las culturas comportan. Con frecuencia, el esfuerzo misionero no ha logrado integrarse en el seno algunas culturas, manteniéndose como una presencia extranjera. Aun hoy, no es demasiado difícil encontrar entre nosotros personas consagradas de gran entrega que, sin oponerse radicalmente a la idea de inculturación, la consideran prácticamente como poco realista y como una pérdida de tiempo y energías.

¿Llegará a ser posible separar al Señor y a su mensaje de su cultura judía original?
¿Llegará ser posible inculturar el patrimonio espiritual de un instituto religioso, sin renunciar a la cultura en la que nuestros fundadores recibieron su misión? No hay que creer en una connaturalidad espontánea entre vida consagrada e inculturación: un instituto religioso debe convencerse de que no cabe evangelización sin inculturación y ha de empeñarse en descubrir la transcendencia de las otras culturas que manifiestan que el Espíritu del Señor llena el universo. Sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, se advierte una seria toma de conciencia de la necesidad de la inculturación.

2. ¿La vida consagrada es una llamada a la inculturación?

La respuesta es claramente afirmativa desde hace siglos. La vocación escatológica, que es vocación específica de la vida consagrada, incita a ésta, desde su interior, a no considerar a cultura alguna como morada permanente y exclusiva. Su dimensión contemplativa impulsa a la búsqueda del Espíritu del Señor, ya presente y activo en todas las culturas, y a ver cómo las conduce a su perfección. En tal dinámica, el Espíritu ha querido someterse a la necesidad de una vida consagrada que la *sequela Christi* impele a no vivir para sí, a salir de su familia, de su pueblo y su cultura, para dar testimonio del Señor de un modo tan kenótico (renuncia) y tan pascual (apertura) que Cristo pueda ser servido (casto, pobre y obediente) en toda cultura sin excepción, sin exclusividad. En este sentido, la vida consagrada predispone a toda inculturación.

3. ¿Qué ha aprendido la vida consagrada, tras tantos años de experiencia, a través de este esfuerzo de inculturación?

Ha aprendido que nosotros no evangelizamos las culturas: el Señor nos apremia a evangelizar a hombres y mujeres en el seno de sus propias culturas en un proceso que no puede ser sino lento, muy lento, simplemente porque los cambios culturales son

marcadamente lentos. Hemos aprendido que la fe no existe en estado puro, ya que está siempre integrada e inevitablemente inculturada. Por otra parte, la cultura jamás es una realidad estática, permanece siempre expuesta al embate invasor de la globalización. Por todas estas razones, la inculturación no es tanto una interacción entre fe y cultura cuanto un encuentro intercultural entre una cultura que lleva el mensaje evangélico y una cultura que, implícita o explícitamente, aguarda a Cristo. La inculturación es, consecuentemente, un diálogo existencial entre el evangelio vivido en una cultura y un pueblo que vive su propia cultura. En este encuentro se da un auténtico intercambio de dones: no una relación unilateral en la que alguien da y otro se contenta con recibir, sino una interacción en la que una cultura se pone al servicio de la otra, tal como ésta desea ser servida, para vivir en plenitud, aunque de otra manera, el evangelio; y en la que la otra cultura que, aun al recibir, purifica y enriquece el evangelio que aspira a vivir. Para que la inculturación sea verdaderamente de intercambios en el Espíritu, es preciso no sólo evitar la imposición de nuestras propias estructuras culturales, sino incluso testimoniar la creatividad del Espíritu, atentos a lo que el Espíritu nos sugiere cuando hombres y mujeres a la espera nos confiesan que el evangelio no les dice nada forzándonos así a un constante discernimiento, para captar la sensibilidad cultural que se esconde tras su incomprensión o su incorrecta interpretación. He aquí unas cuantas indicaciones que muestran cómo la dinámica de la inculturación se enriquece con nuevas perspectivas.

4. ¿A quién incumbe la tarea de la inculturación?

Hay que rendirse a la evidencia: sólo el portador de su propia cultura es capaz de inculturar e integrar el evangelio. Quien pertenece a otra cultura habrá de reconocer que es incapaz de comprender esa cultura en su totalidad. Sin embargo, a él le toca revelar en qué sentido debe orientarse el esfuerzo de la inculturación, a él le toca promoverla, a él le toca hacerla posible. Así, dentro de la vida consagrada, sin imponer el estilo de vida de otra cultura, es preciso dejar crecer, madurar la *sequela Christi* en el respeto recíproco y fraternal de la mutua diferencia, para hacer realidad, a la vez, el auténtico testimonio de Cristo vivo, de acuerdo con el carisma que el Espíritu nos ha confiado. Sería una ofensa a la otra cultura tratar de endulzar o mitigar las exigencias de la vida consagrada, como si sólo ciertas culturas fueran capaces de vivir en plenitud la vida consagrada.

5. Finalmente, ¿cómo inculturar?

Por tratarse de un encuentro, la inculturación no se decide sobre la mesa de una oficina, a base de un programa eficaz y técnicas automáticas. La interculturación será fruto de una espiritualidad de apertura y de discernimiento, que se atreva a vivir una serie de tensiones. Una tensión que mantenga la fidelidad creativa al carisma recibido y un auténtico deseo de plasmar ese carisma, vivido de forma totalmente nueva en otras culturas; una tensión creada por el deseo de vivir la unión espiritual y cordial de un instituto religioso en medio de la desconcertante y amenazadora diversidad cultural; la tensión provocada por una apertura a toda cultura que no puede hacer abstracción del hecho de que predicar a un Señor casto, pobre y obediente es ir contra toda cultura humana. Al asumir estas tensiones, la vida consagrada promueve la inculturación con atención siempre renovada al discernimiento orante y con la dolorosa paciencia que supone y exige toda evangelización.

Es gozoso comprobar cómo, a través de la hospitalidad y la solidaridad, la inserción y el diálogo de la vida diaria y de la experiencia de Dios, la vida consagrada lleva el don de

Cristo vivo al encuentro de hombres y mujeres de toda cultura hacia una ciudad santa en la que, en la riqueza de las naciones, Dios será todo en todos. En este sentido, la interculturación es una promesa escatológica, lo que no quiere decir que sea irreal, aunque sí que no es de este mundo; porque nosotros plantamos, regamos, pero sólo el Señor da la plenitud de Vida.